

**LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE: UNA APROXIMACIÓN
A AMOR Y TERROR DE LAS PALABRAS DE J. M.
BRICEÑO GUERRERO**

*José Gregorio Vásquez Castro
Universidad de los Andes
Instituto de Investigaciones Literarias
“Gonzalo Picón Febres”
Venezuela*

*Me oculto en tus ojos
para mirarte sin peligro.*

Jonuel Brigue

El poeta está expuesto a los relámpagos de Dios.

Martin Heidegger

Ahora sé que me dieron esta alma en medio de una batalla.

César Dávila Andrade

Hubo un silencio antes de la creación, a él retornaremos.

Se nos pide en este momento hallar los espacios, los momentos, vivir las experiencias originarias, experiencias a las que estamos llamados. Se nos pide también, observar desde el lugar al que pertenecemos, la esencia de las cosas que nos rodean, sentir en ella, de cerca, las palabras que están inscritas en nosotros, sentir alcanzando la conexión con ese lugar de siempre y el tiempo de siempre que vive en las palabras. Nuestro compromiso va más allá de una simple exigencia, es el encuentro con lo que somos siendo, y en ello lo que hemos llegado a ser desde las mismas palabras y sus silencios.

En el principio estaba el **silencio** y de él nacieron las palabras. Como si algo indicara que en ellas se contienen los grandes silencios, enigmáticos y poderosos silencios, muchos, como arenas, como piedras, como estrellas. De allí la necesidad de recordar la palabra. Desde dónde recordar la palabra, las palabras. Bajo qué intención y postura recibirla y recibirlas. Lo sagrado de la palabra, las palabras de la memoria, las palabras en la memoria, el olvido que nos sostiene y nos agobia, el distanciamiento que nos rodea y nos oculta. Las palabras y la esencia que las une, luego, sus múltiples apariciones. El regalo de ser hombres, la victoria de encontrar las palabras, de dejarse encontrar por ellas.

Para llegar a nosotros volaron como el viento, se multiplicaron por siglos y siglos, murieron unas en las bibliotecas que las guardaban, otras, aún siguen ocultas en los lugares más aislados de la memoria, como una suerte de escondite que las mantienen con un velo sagrado. El lugar de sus nacimientos fue, es y sigue siendo el silencio, en él corren incansablemente. Tus palabras fragmentos del universo.

La palabra en nuestro tiempo ha estado señalando las cosas que nos apresan. En su origen las palabras nacían de los dioses, en ellos vibraban como melodías universales, y sus silencios guiaban el pensamiento a través de la línea que atraviesa todos los tiempos y ninguno: el tiempo de los misterios, el tiempo real de las palabras, el tiempo que las contiene.

Nuestra vida ha estado empeñada en el olvido de las palabras, esas palabras que han estado desde siempre, ahora, víctimas de las transformaciones. Las palabras y sus cosas en un lejano lugar, transportaron la esencia de los tiempos y de la naturaleza que nos hace ser lo que somos, en un lejano lugar se formaban para transmitir con el más grande cuidado la esencia de las palabras, inscritas bajo la luz de las estrellas, en ellas vivían los momentos de las esencias. Hoy, sólo tenemos migas de sonidos abandonados al olvido en unas cuantas frases, que ya ni importancia tienen para nosotros. Palabras dichas al azar por la costumbre y por la impronta del lenguaje, palabras que deterioran el silencio que nos ha reunido desde entonces. Ellas, sólo viven los momentos y los instantes hasta desaparecer.

La palabra ha tomado a lo largo de nuestra historia ese papel protagónico, un espacio cálido, un lugar donde todo es re-presentación en ella y por ella. La palabra parece ser el elemento más inmediato, más propio del hombre. En ella

vivimos y en ella morimos. La palabra es un símbolo que emite símbolos. Por ella el hombre es una metáfora de sí mismo (Paz,1992:150). La palabra se recoge, vuelve a su nido, a su esencia, su única estancia, dejando las huellas imperceptibles de su vagar. Las palabras nos permiten recordar. Por qué no recordamos entonces...

Con las palabras descendemos y recorremos las distancias de la diurnidad y la nocturnidad; imploramos a dioses, celebramos sus hazañas, vivimos un tiempo y morimos otro, apresamos el corazón. En su conjunto las palabras son metáforas de ese pronombre original que somos. Es la voz y la otra voz, todos los hombres y cada uno (p.181).

*El oficio de la palabra,
va más allá de la pequeña miseria
y la pequeña ternura de designar esto o aquello,
es un acto de amor: crear presencia. El oficio de la palabra
es la posibilidad de que el mundo diga al mundo
la posibilidad de que el mundo diga al hombre.*

(Juarroz,1987)

En todos los caminos la palabra es el camino, en todas las distancias la presencia de la palabra es eterna. En ella somos, en ella nos constituimos; por ella crecemos y llegamos a regiones olvidadas. En ella representamos nuestro mundo, exploramos más allá de lo explícito, aquello que desde siempre nos ha contenido.

Frente a las palabras vemos inscrito *Amor y terror de las palabras* (1997) de J. M. Briceño Guerrero, texto que revela los caminos contenidos en el escritor, haciéndolo camino al mismo tiempo que caminante. En esta obra las palabras toman el mundo, son una y todas a la vez, viven y se multiplican. Haciendo del verbo una casa y en ella permaneciendo ocultas del olvido. La palabra se apoya en un silencio anterior al habla, a un presentimiento del lenguaje, para proteger su más cándida presencia del incendio que se produce al olvidarlas.

En *Amor y terror de las palabras* nos hallamos con la infancia, con el juego, el misterio, la palabra, el mito, la magia, el ocaso, el sueño, la nostalgia,

y en un *estado más puro*, con la *región más transparente*, lugar de acoplamiento válido para nuestra vida, territorio conquistado, habitable lugar que se ha convertido en esa casa del hombre. Lugar al que sólo accedemos en los *momentos de transparencia y soledad*.

Éste es el motivo que nos reúne y nos encuentra. En él somos y buscamos ser. La *región más transparente* nos llama, buscamos llegar a ella con palabras, pero con palabras sólo logramos distanciarnos. ¿Cómo buscar su cercanía entonces?

En la Literatura Venezolana la imagen de J. M. Briceño Guerrero, quien en algunos de sus escritos aparece como Jonuel Brigue, vive en la sabiduría y sensibilidad literaria que lo ha conducido hacia el misterioso terreno de las letras tejidas con el *amor* y la *sabiduría* que caracterizan a un maestro. A lo largo de sus años ha dejado entre nosotros, como puentes entre sus reflexiones y las palabras, una gama diversa de publicaciones, que se muestran distintas, pero que al encontrarlas, vemos que son todas y cada una la unión de una sola obra, el encuentro de una sola obra. Su pensamiento vive en esencias a través de las palabras, así lo confirma Pedrique, L.:

El carácter diverso de esta obra responde más bien a su sentido real: en lo diverso se explayan distintas vías en diferentes direcciones, pero todas a partir de un mismo origen. (Pedrique, 1999:9)

Autor de libros como: *¿Qué es la filosofía?*, 1962; *Dóulos Oukóon*, 1965; *América Latina en el mundo*, 1966; *Triandáfila*, 1967; *El origen del lenguaje*, 1970; *La identificación americana con la Europa segunda*, 1977; *Discurso salvaje*, 1980; *Europa y América en el pensar mantuano*, 1981; *Holadios*, 1984; *Amor y terror de las palabras*, 1987; *El pequeño arquitecto del universo*, 1990; *Anfisbena. Culebra ciega*, 1992; *El laberinto de los tres minotauros*, 1994; *Diario de Saorge*, 1996; y *Esa llanura temblorosa*, 1998, entre otros escritos, hacen de J. M. Briceño Guerrero un pensador dedicado al ser latinoamericano y venezolano en especial. Desde esa particularidad a la que pertenece, explora la universalidad que está presente, y desde esa mirada profunda del mundo antiguo y la tradición del pensamiento, se acerca al hombre que recorre estos lugares, el hombre venezolano. Sus escritos tienen así, dejos de un amplio saber, un trabajo y, más que un esfuerzo, el entusiasmo vivo de caminar la presencia de los mundos. Mundos que lo han

recibido, lenguas que ha compartido y, realidades que vive y nos deja a cada momento, de alguna manera, en las palabras.

Sea por lo tanto su texto *Amor y terror de las palabras*, motivo para trazar algunas líneas sobre la significabilidad que lo enmarca, el tratado de las palabras y el lenguaje, y la manifestación simbólica que lo circula, girando todo ello en torno a la *región más transparente*, como tema que hila el nivel de este discurso.

Aproximaciones a *Amor y terror de las palabras*.

Amor y terror de las palabras está inscrita como una de las obras fundamentales del pensamiento de J. M. Briceño Guerrero, en ella podemos encontrar al filósofo, al filólogo, al políglota, al esotérico, al místico, al mago, al poeta, al sabio y maestro que vive y respira en cada palabra allí recordada, en su alma nacen también los sonidos y sus silencios: los silencios de la palabra.

El texto presenta una multiplicidad inagotable de lecturas, lecturas que en su interior también recogen una inagotable variedad de niveles de comprensión, así como los orígenes que están unidos en el lenguaje hacen de la palabra un mundo, así J. M. Briceño Guerrero nos indica que para leer este texto, deberíamos olvidar nuestra presencia corpórea y caminar junto a él, con una postura distinta de la que nos domina, a la *región más transparente*. Nos recuerda:

Estaba en las palabras mismas, en su sonido, en las relaciones de sus sonidos, en el parentesco oculto de las letras, en la secreta correspondencia de las sílabas, cómplices en un juego clandestino, de espaldas a los significados o tal vez determinándolos, pero como acción secundaria y parcial dentro de un hacer autónomo, propio del lenguaje, independiente de nosotros y en general inadvertido.

(Briceño Guerrero, 1999:15)

El texto que comienza con la letra *álef* del alfabeto hebreo, nos coloca desde su inicio en un acercamiento profundo con una experiencia vivida y sentida en la palabra en los distintos planos que las unen a todos los idiomas, así la aproximación y la vivencia en las palabras antiguas establece la unión con la *palabra inicial*. La palabra "... me pareció más real que el contacto

directo con las cosas” señala Briceño Guerrero, y más adelante enmarca su *esencia* al reconocer que por la palabra fue engendrado y parido y que con palabras le amamantó su madre, “nada me dio sin palabras”. Voz de un poeta que canta lo sagrado del sentir original, del que se desprende lo sublime y lo poético, discípulo de una tradición que nos revela lo que somos y nos invita a ser en eso que somos. Su palabra se confunde con su ser. Él es su palabra. Gracias a ella reconquista el *estado original: la región más transparente*.

La dimensión compleja de las palabras en este texto va más allá de un plano representativo de signos puestos en un orden, formados para transmitir significados. En la obra la palabra cobija y se apoya en el silencio que habita anterior al habla. Ella reposa en el lenguaje que posee desde siempre un *silencio cifrado*. Silencio que dejamos pasar por los azares de la vida.

Las palabras son santuarios nos recordaba Porchia en *Voces abandonadas* (1992). Ellas no están sólo en la boca, también en la frente, en el corazón, en las manos y más acá, nos dice Briceño, en los penates del *estar ahí*. “Estoy encarnado en la palabra, transido de la palabra, empalabrado”(p.9).

Las palabras encarnan *eso* que las trasciende, sin perder la esencia que las contiene. Existen fuera de sí mismas porque viven sólo en presencias; lograr encontrarlas, poseerlas, vivirlas es tarea de poetas, quienes al “asirlas” las ponen en libertad, libertad que les otorga esencia natural y trascendencia, y más aún, les otorgan silencios, esos silencios de los que están constituidas.

La presencia simbólica de las letras hebreas que señalan cada uno de los capítulos del texto, nos trae desde los distintos misterios que las rodean, las enseñanzas de un *lenguaje representativo* al que J. M. Briceño Guerrero nos enfrenta, lenguaje que nos revela un acontecimiento que marcha al mundo simbólico permanente, mundo que teje y desteje el significado de cada presencia. Y es que para el mundo hebreo “a palabra es algo más que la expresión oral del pensamiento” (Pedrique,1999:90). Cada imagen inscrita en los textos, de *Amor y terror de las palabras*, a través de las letras hebreas, están sujetando un mundo mítico, religioso, sagrado, al que se canta, se danza y celebra con el orden allí establecido por el autor, orden que corresponde a la forma como van hilvanadas las palabras en el discurso y las líneas de vinculación entre él y nosotros, como si nos soltara dejos de misterio, dejos de eso que vive en las palabras.

J. M. Briceño Guerrero se plantea la renuncia al verbo, pero la renuncia no cede y se queda por lo tanto implícita en la palabra, palabra que gobierna y mutila la esencia misma del ser. La búsqueda es aquí el encuentro más glorioso al contacto con la palabra inicial, palabra que vive en la *región más transparente*. Allí el verbo explícito, diferenciado por el autor del verbo tácito, el del mundo, llegan al escrito a un encuentro y a un compromiso. Señala:

Estaba en las palabras mismas, en su sonido, en las relaciones de sus sonidos, en el parentesco oculto de las letras, en la secreta correspondencia de las sílabas, cómplices en un juego clandestino, de espalda a los significados...

(Briceño Guerrero, 1997:15)

En esta *región* llamada *transparente*, debido a un carácter transparente, lleno de pureza y claridad, el estar ahí nace de esa voluntad que está signada por el mandato, como actitud que toma el hombre al pronunciar, ordenar y establecer todos sus asuntos. Es una región empalabrada. El verbo explícito, el del hombre, organiza y gobierna las cosas y el verbo implícito:

...ordena en silencio las nevaduras de las hojas, las vetas de las piedras, el cuerpo de los insectos, la caída de la lluvia, el reventar de la centella, los pasos de los astros. El primero trata siempre de abarcarlo, de diluirlo, de decirlo y lo logra, pero de manera incompleta, representativa, provisional; por lo general se conforma con una formulación útil. (p.62)

Nace con ello la idea de formar distancias entre las palabras y la palabra, ente las palabras y lo que el hombre es, distancias que hacen a las palabras soportables y al hombre le permite no sucumbir consumido por ellas. Es el encuentro con la palabra verdadera, sin opacidad y sin sombra, dada y recibida en el mismo instante, consumida sin desgaste. J. M. Briceño así lo señala:

...lo que más me agradaba era quedarme a solas, sin testigos, para desatar las palabras de su significado, para soltarlas... Pero una vez en libertad completa, la voz repetida rompía todas las estructuras de mi mundo y abría un ámbito misterioso de inminente peligro indefinible donde resollaba el sagrado terror de la locura. Huía yo entonces y esperaba horas, días o semanas hasta reunir suficiente valor para volver.

El juego de liberación de las palabras, en llegando al sagrado terror de la locura, me hacía huir despavorido hacia la región más transparente del habla, aquella donde se produce la comunión con los demás sobre asuntos pequeños y prácticos de la vida diaria... (p.17)

La estancia y afirmación de las palabras que figuran a lo largo del texto y la unión y la renuncia a ellas, son los motivos más asiduos, que hacen de esta obra un encuentro con lo que el hombre es en la palabra y con lo que la palabra es en el hombre.

La región más transparente

En *Amor y terror de las palabras*, la palabra no se conforma con la mera descripción de lo real. No es un decir rebuscado lo que busca J. M. Briceño Guerrero, ni un decir re-inventado, es un decir, un hacer recordado. ¿Cómo no sucumbir entonces a sus encantos?

Aquí se plantea la búsqueda de una visión de la palabra más allá de lo que ella es y significa, es la constante necesidad de recuperar, o por lo menos de re-conocer, los pedazos perdidos de aquella palabra inicial.

La región más transparente, se presenta entonces como el lugar de lo sagrado, el lugar de los encuentros del hombre y lo divino, el lugar inclasificado que cobija al espíritu y lo contiene. En ella las palabras brotan con su esencia y nacen a nosotros, sus significados son eternos y el misterio que las ilumina brilla en la sencillez que las rodea, como bien lo escribe:

La región más transparente es un lugar de acoplamiento válido para nuestra vida, es un territorio conquistado, habitable, es la casa del hombre. El verbo tiende a encontrarse con el lenguaje tácito de las cosas para extender, si es posible, hasta el límite último, la región más transparente. (p.40)

J. M. Briceño Guerrero hace del lenguaje casa y en ella encuentra el silencio, la magia de las palabras y al hombre compartiendo sus misterios. En *Amor y terror de las palabras* se apela al canto interno que nace de las palabras y el silencio, no a la música que conocemos, sino a la naturaleza de la música que crea, descubre y busca el sentido de las cosas que dice. Así, ésta se convierte en un elemento in-mediato, más propio del hombre, más rico

como medio para transmitir, comunicarse, traducir lo real. Buscando con ello que unas cuantas palabras, ignoradas muchas veces, alcancen un eco que resuene por el espacio de los tiempos en el hombre. Ello lo logra al llegar a la *región más transparente*, porque en ella, dice el autor:

...conocí el súbito relámpago que aniquila la noche por instantes y, contando los segundos, esperé el trueno, rugido tardío de la tiniebla vulnerada. Conocí la permanencia tranquila de las aguas del río, siempre las mismas, y su murmullo múltiple. Conocí los devaneos de la tarde y las indecisiones de la mañana. La furia silenciosa del mediodía. Los secretos de la lluvia... Conocí la feria de los verbos...(p.51)

Es un lugar donde no sólo el lenguaje, sino las palabras todas, por muy únicas que se nos presentan, por solas que vayan, y por inesperadas que sean en su aparición, aluden a la palabra perdida, palabra que une y deshace el misterio y la creación.

Bibliografía:

- BRICEÑO GUERRERO, José M. (1997): *Amor y terror de las palabras*. Mérida, Consejo de Publicaciones de la Universidad de los Andes.
- JUARROZ, Roberto (1997): *Poesía y realidad*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- PAZ, Octavio (1999): *El arco y la lira*. México, Fondo de Cultura Económica.
- PEDRIQUE, Lionel y otros (1999): *Los escondrijos del ser latinoamericano*. Mérida, Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

